

Spanish Language Reader

For Intermediate & Advanced Students



A Great Collection of Short Stories for Intermediate and Advanced Levels

Used by our students at

CostaRica SpanishOnline Language School

Iris Acevedo A, Director

www.costaricaspanishonline.com

San José, Costa Rica 2011

Contents

- A. A very short story

- I. El Brujo-The Past Tense Forms (Pretérito e Imperfecto)

- II. La Reina De La Noche- The Perfect Tenses (Present Perfect and Past Perfect Tenses)

- III. Hace Más de Dos Días- The Preterit and the Future Tense

- IV. Doña Serena- Various Verb Tenses.

- V. La Nochebuena-The Subjunctive Mood

- VI. El Terremoto- The Preterit and the Imperfect

- VII. La Granadilla- Various Verb Tenses

Spanish Language Reader For Intermediate and Advanced Students

From a collection of teaching materials I have put together in the course of 29 years hands-on experience teaching Spanish as a Foreign Language in my dear Costa Rica.

When I began my teaching career in 1982- as a teacher of ESL and Spanish as a Foreign Language- working at two of the most prominent Language Schools in Costa Rica, there were very few language teaching resource to help teachers plan engaging and interesting lessons.

We used textbooks that contained Spanish Grammar and follow up exercises; However, there was still a challenge to be met. Students required ways to practice conversation in class in order to acquire language skills thus enabling them to achieve fluency.

I personally came across a mayor challenge. I felt the need to keep my students interested in coming to class and remaining in class as they made the effort to become involved in the difficulties of learning Grammar.

I began creating materials that I would bring in to class with the hopes of building on the Grammar I was teaching, and students were already beginning to dread.

As my strategies began to take effect, I became motivated to write a series of short stories for Intermediate and Advanced levels that teachers would be able to use in class and students would find interesting to read without realizing it was a subtle way to take in Grammar.

Please take into account, this reader was written in Spanish that is spoken in Central America and South America; therefore, it may differ at times from the Spanish you have learned if you have studied in Spain and South America.

I hope you find this Spanish Reader useful as well as entertaining.

Enjoy,

Iris Acevedo A.

www.costaricaspanishonline.com

El Brujo

Uno tenía que bajar casi de rodillas, sosteniéndose de las raíces que colgaban de los lados del camino. El barro rojo se movía con cada pisada. Una pendiente severa, bajo la neblina que había amanecido para acompañar al caminante. Los rayos del sol se dejaban ver entre las ramas de los árboles que se unían para proteger el bosque de los visitantes.

De rodillas, con mudas plegarias, con suaves gemidos de dolor, íbamos bajando hasta una vuelta desde donde se podía oír el leve rugir del agua. El camino se abría para dejar entrever las campanitas rojas que se asomaban entre las hojas. Un silencio casi total- sino por la caída del agua-le devolvía la paz a todo aquel que hacía la caminata hasta la casa de don Florindo.

Tenía que llegar hasta la Quebrada del Colibrí. Ya no sentía mis manos. Cansadas de sujetarse de las raíces se habían entregado al sueño. Había una alegría en mí como sólo puede sentirse cuando se ha encontrado la solución a un problema que nos ha quitado el sueño. Ahí- a pocos pasos -se podían ver los pequeños cuerpos de tonalidades turquesa con violeta que volaban nerviosamente alertando sobre la visita de un intruso. Había llegado a la quebrada. Ahora sólo quedaba caminar cuesta arriba. Faltaba pasar por los guayabos para luego subir la última cuesta; donde la mayoría de las personas se quedaban rezagadas.

Desde la primera vez que había escuchado mencionar su nombre, mi interés comenzó a crecer hasta que un día conocí el pequeño portón- hecho de caña de bambú-que daba la bienvenida a la propiedad donde vivía don Florindo. Luego supe que llamaba así porque era hijo único de madre soltera; doña Flor-su madre- quiso que llevara su nombre a cuestras

Al morir esta, quedó don Florindo a cargo del oficio que había aprendido a su lado.

Era un gran conocedor del poder de las plantas. Todo lo que tocaba, crecía. En la parte de atrás de la propiedad había un bosque de limoneros con un clarito en el medio. Había estaquitas de ruda, puntitas de albahaca recién

sembradas, romero, tomillo y cola de caballo. Era milagrosa la forma en que se multiplicaban las plantas en su jardín.

-“Son muy agradecidas”-decía con humildad.

A principios de enero, llegaban por allí, peregrinos que venían de todos los rincones del país. Era la época de la Santa Lucía y allí por La Ventolera, se veían los potreros como parches de color lila que guindaban de la aquellas montaña escarpada. ¡Daba gusto ver aquello! Todos venían para que don Florindo les diera “la buena suerte”.

Don Florindo- ya encorvado por los años y la carga de sufrimientos de los demás-se ponía un sombrero de manta y una camisa blanca con las mangas enrolladas la cual creaba un suave contraste con su piel dorada. Sus ojos tenían el color de los retoños de limonero y su delgado cuerpo se movía ágilmente de una planta a otra cortando hojas que luego usaría para preparar recetas naturales.

-Ya tengo cataratas-decía siempre. Pero todos sabíamos que veía más que uno; veía más allá del tiempo.

Por fin, lograba uno llegar al final de la cuesta donde los helechos gigantes que se descolgaban de los paredones lograban tapar cualquier rayito de luz que se hubiera atrevido a meterse por una rendija. Por unos instantes, se perdía uno en el tiempo. Era como si por un instante se pudiese ver el mundo con otros ojos.

-Pase adelante-exclamaba una voz acogedora que provenía de la salita de estar.

Al entrar, caminé hasta el fondo del pasillo donde pude ver pares de zapatos cubiertos de barro bien acomodados uno a la par del otro. A un lado del pasillo pude ver la salita y entré no sin antes saludar a los que habían llegado antes. Una

señora-con una sonrisa muy amable-me indicó que me dirigiera hacia un rincón donde podía sentarme y acomodar mis cosas. Había un sofá tapizado con tela roja con flores de colores. Una señora hablaba con un hombre que tenía apariencia de ser una persona acaudalada. Al otro lado de la salita, un joven de cabello negro miraba sus pies mientras la joven que le abrazaba comía una empanada que había sacado de una bolsa de papel.

-¿Viene de lejos?-me preguntó una señora con el cabello trenzado mientras me ofrecía un vaso.

-Sí señora-le respondí con agradecimiento.

- Mucho gusto... yo soy la esposa de Florindo-me dijo sonriente.

- Mucho gusto señora, yo soy Graciela.

- Ahorita la atiende-dijo. -Hay varias personas esperando.-

- No se preocupe-le dije agradecida de poder sentarme a descansar.

La señora se dirigió a una esquina de la sala para recoger los vasos de vidrio que las personas habían colocado sobre la mesita de madera en el centro de la habitación, mientras les daba palabras de consuelo.

-Yo vengo aquí una vez cada seis meses-dijo una voz a mis espaldas

-A mí me devolvió la vista-dijo una voz de mujer.

Podía escuchar las conversaciones de todos los que se encontraban presentes. Unos contaban sus experiencias personales; otros las de amigos y familiares. Todos tenían una cosa en común; estaban allí porque don Florindo les había devuelto la salud, les había dado esperanzas y les había hecho pronósticos que de una manera u otra se habían hecho realidad.

Doña Graciela, entraba a la salita de rato en rato para llevarse un visitante mientras los otros aguardaban su turno con ansia y esto les infundía de ánimo para

continuar su alegre charla, pero no todos estaban alegres. Allí, sentada al lado de la ventana que daba al bosque, había una mujer joven que miraba por la ventana con nostalgia. Inundada por la curiosidad pensé en levantarme y hacerle compañía mientras esperaba que la esposa de don Florindo regresara para anunciar el turno de otra persona.

-No sé cómo lo supo-decía la señora que hablaba con el hombre que aparentaba ser acaudalado.

-Es como si pudiera ver toda mi vida-continuaba ella. Dirigió su mirada al suelo y luego la levantó y miró fijamente al hombre que le escuchaba hablar ya desde hacía más de una hora. -¿Por qué está usted aquí?-

El hombre se puso nervioso y trató de acomodarse en el sillón. Se pasó la mano por el cabello y luego la puso sobre su regazo. -Hace un tiempo mi primera esposa me dejó por otro hombre-comenzó en voz baja, creyendo aún que si hablaba en voz baja nadie podía escucharlo.

-Yo dejé de trabajar, comencé a beber y perdí todo lo que tenía; incluso perdí a mis hijos- dijo ante la mirada sorprendida de la señora.

-Un día, cuando viajaba en autobús de regreso a mi casa, escuché una conversación entre dos personas. Una de ellas estaba hablando acerca de un “brujo”-dijo bajando la cabeza. -No podía dejar de escucharles hasta que decidí unirme a la conversación-.

Todos hablaban narrando sus anécdotas mientras el sol se ponía detrás de las montañas y los rayos de luz se hacían cada vez más débiles.

La Reina De La Noche

Apenas se dejaba ver el primer rayo de luz, allá sobre el Volcán Irazú. Ya los madrugadores salían al corredor. Eran vecinos. Vecinos de toda una vida.

-¿Qué le pasó a Daniel?- preguntó uno.

-Pues... ¡dicen que se lo llevó la mujer!- respondió el otro.

Daniel tenía fama de ser un hombre de palabra; de pocas palabras. Era un poco callado, como todo aquel que pasa toda su vida trabajando en el campo y se alimenta de la sabiduría de las plantas. Allá, por donde queda *Bebedero*-donde las montañas silenciosas, entre verde y azul, le tienden la mano a todo el que las ama y respeta-vivía Daniel. Vivía en una finquita que le había heredado su padre antes de morir. Una finquita agradecida. De todo se daba allí. ¡Todo crecía!...¡Todo!

Había trabajado esa finquita hasta convertirla en un verdadero jardín botánico, como decían los turistas que pedían permiso para pasar y admirar las flores que allí crecían.

-Mi jardincito-decía él, con aquella alegría que comparten las gentes que viven en las laderas de las montañas. Todos los que lo conocían admiraban su sencillez y su sonrisa.

Daniel compartía un saludo con los que pasaban por la calle, un poco oscura en las tardes debido al escaso alumbrado público, pero muy bien iluminada por la presencia de aquel hombre con su sombrero blanco y su camisa limpia.

Aquella sonrisa que le había acompañado por tantos años se había ido apagando.

Una tarde de febrero, el médico de la clínica del pueblo, le había dicho que Ana-su esposa-tenía algo malo en el estómago. Al poco tiempo, entre la niebla de una tarde de octubre y la mirada inquisitiva de dos pájaros “Bobos” que volaban de rama en rama, le dieron reposo en el cementerio.

-¡Eso fue!...-dijo el primero.

-Puede ser...-dijo el segundo.

Daniel se entregó al trabajo con más dedicación que nunca. Dicen por allí que, el amor que se le había escapado de su vida, lo había encontrado en las plantas; especialmente en La Reina de la Noche.

Daniel había sembrado estacas de Reina de la Noche que daban campanas de color rosado...un rosadito con crema. Unas campanas eran de un rosado más fuerte mientras que otras eran de color blanco.

Se había entregado a ellas con todo su ser. Todas las noches salía al corredor de su casa para mirar el cielo, esperando que llegara el cuarto menguante. La suave brisa proveniente de las laderas, traían el perfume dulce de las campanas. A la mañana siguiente, salía al jardín y cortaba estaquitas que luego sembraba. Al cabo de un mes, podían verse los nuevos brotes, con tonalidades verde claro y verde más claro.

-¡Cómo crecían!... ¡Qué tierra más agradecida!- pensaba Daniel con una mezcla de felicidad y melancolía.

Una mañana, pasaba por allí un vecino que lo estimaba mucho. Habían asistido a la escuela juntos y en ocasiones habían entrado a la montaña para buscar plantas que no se veían en otros lugares. Siempre pasaba caminando y le gritaba-¡EY!...

En aquella ocasión decidió detenerse para hablar.

-¡Mirá Daniel!-dijo para tratar de atraer la atención de su amigo. –Dicen que ese perfume no es bueno...que uno puede...bueno, vos sabés...le dijo.

-Sí, ¡yo sé!, pero mirá lo lejos que las tengo...allá en la cerca-dijo señalando hacia los arboles de jocote que habían crecido uno al lado del otro. –Nada me va a pasar-, dijo Daniel ya un poco molesto.

Poco a poco se fue distanciando de la gente. Ya casi no saludaba. Por las tardes tenía la costumbre de salir al corredor y sentarse en un tronco de Higuerón, que había cortado hacía dos años...justo en octubre. Lo había cortado para hacerle una banca a su esposa...Anita. Se sentaba a mirar sus Reinas de la Noche mientras los recuerdos que lo visitaban le traían de regalo un par de lágrimas.

-¡Dos años han pasado ya!...¡Dos años largos y tristes!

-Y, ¿Cómo murió?-preguntó el primero.

- Lo encontraron dormido...debajo de una Reina de la Noche...blanca.

El primero salió por el portón y se dirigió cuesta abajo. El segundo se fue por el sendero y caminó montaña adentro. Los dos iban pensando en sus esposas.

Hace Más De Dos Días

Un rayito de luz había entrado por una ranura en la pared. Se volvió para mirar rápidamente...no había nadie a su lado. Aún no había llegado. -¡Dos días habían pasado ya!, ¡¿Por qué ha cambiado tanto!?- se preguntaba Lucía sentada en una silla de la mesa de la cocina, tomándose la primera taza de café recién chorreado.

-¡Éramos tan felices!- decía para sí, como si intentara convencerse a sí misma.

Miguel, su esposo, había comenzado a trabajar en el trapiche de don José. Este era un hombre que había llegado de San José y se había enamorado de las montañas, Al regresar a la ciudad, cerró su consulta médica y en cuestión de dos semanas se mudó al pueblo.

Don José acostumbraba tomar café en la soda que queda a una cuadra de la iglesia. Todas las mañanas llegaba a las seis en punto y se sentaba a tomarse un cafecito mientras otros desayunaban en otras mesas. Fue así como se había llegado a enterar de la historia de Miguel, el esposo de Lucía.

Una mañana, oyó decir que el padre de Miguel había contraído deudas con un prestamista...de esos que sonríen mucho y estrechan la mano con fuerza, pero dejan de hacerlo cuando uno se atrasa con los pagos.

Parece que el prestamista se había quedado con la finquita del padre de Miguel, cuando el anciano-llevado a la quiebra por el licor-ya no podía hacerle frente a sus deudas. Según decía la gente, el pobre hombre había muerto de vergüenza dejando a su esposa e hijos con la luz de la luna como único techo.

En esos días don José que había huido del frío de Tres Ríos, había venido a San Antonio de Escazú buscando “calor de hogar”. Quiso la vida que se encontrara con la finquita que el prestamista había puesto en venta-“Por si acaso algún gringo me ofrece el doble”-

¿Quién iba a decir que don José se enamoraría de aquel pedacito de cielo que colgaba de la ladera de la montaña?!

Poco a poco, se fueron acercando los vecinos del lugar y cada uno le contaba la historia de la finquita. Don José - un médico de ciudad acostumbrado a escuchar las historias de sus pacientes y muy consciente de las vueltas que da la vida - mandó a llamar a Miguel.

A la mañana siguiente apareció en el corredor, un muchacho que parecía tener unos dieciocho años.

-Mirá muchacho- le dijo don José saliendo de la casa. -Me han dicho por allí que vos sabés trabajar la tierra- exclamó con ternura.

-Sí, señor-...susurró el joven mirando hacia la montaña.

-Aquí hay dos bueyes y un trapiche que no se ha usado en años; tenemos que ponerlo a trabajar...así que...si no tenés nada mejor que hacer, veníte mañana a las 6-, dijo con una sonrisa.

-¡Si, señor!-exclamó el muchacho sosteniendo el sombrero que se le había caído cuando brincó de la felicidad.

Echó a correr calle arriba para llegar a su casa y contar la noticia. Corrió y corrió hasta levantar el polvo del camino.

Lucía lo vio donde venía y se sorprendió de verlo corriendo. Escondió la escoba detrás de la puerta y metió las manos en el delantal. Miguel subió los tres peldaños que lo separaban de su esposa y se detuvo frente a ella.

-¿Sabés qué?-le preguntó mirándole a los ojos.

-¡No!...se quedó esperando la noticia.

- ¡Mañana empiezo a trabajar en el trapiche!... ¡Ya no voy a beber más!

La llama de la vela que estaba sobre la mesita del corredor, iluminó la antigua foto de un anciano de pie junto a un trapiche.

Doña Serena

Una tarde de abril-de esas tardes pintadas de colores cálidos que se confunden con las montañas y los cerros-se encontraba ella sentada al lado de la quebrada que pasaba detrás de la casa. Pensaba en todo lo que la vida le había dado sin pedirle nada. Pensaba en su hijo.

-¡Qué grande que está Rafael ya!-, pensaba Serena.

Era madre soltera. Se ganaba la vida “planchando ajeno”.

Había conocido al padre de “Rafita”-como le decía con cariño-, cuando ella era muy joven y él había llegado del otro lado de la montaña. Se habían enamorado...perdidamente.

Contaban por allí que al cabo de unos meses, él se había ido para otro pueblo sin dar explicaciones ni dejar rastro. La gente murmuraba que Selenia estaba muy callada; quizás, más que de costumbre...a los pocos meses llegó Rafael.

Ella había tenido mucho tiempo para pensar. Había pensado en los diferentes nombres que un niño o una niña podía tener. Cuando nació Rafael, le puso así por el santo que tenía sobre la mesa de noche. Este había sido su confidente cuando Antonio se había ido y no tenía nadie con quien hablar.

Serena era una persona muy sincera. La gente la recomendaba con todos los que venían de la ciudad a buscar tierra más barata. Conforme iban construyendo sus casas también iban conociendo sus vecinos. Cuando ya se mudaban al campo y necesitaban alguien que les hiciera el trabajo de la casa, algún vecino les recomendaba a Selenia.

Conforme iban transcurriendo los meses, Selena iba sacándoles brillo a los pisos que les servían de espejo a los pájaros que entraban volando a la casa.

Así fue como se ganó la admiración y el respeto de todos.

En las tardes, cuando llegaba a su casa luego de un largo día de trabajo, se sentaba en el corredor para ver el atardecer que comenzaba a pintar las montañas con tonalidades cobrizas y doradas.

Tenía un lote grande, de unos dos mil metros cuadrados, donde había construido su casa. Poco a poco iba amueblándola con unos ahorros que tenía en el banco.

Una tarde, cuando estaba sentada comiendo un poco de arroz recién hecho, notó la silueta de un hombre que se acercaba por el camino. Venía caminado a paso apurado en dirección a la casa.

-¿Quién será?- pensó ella.

-¡Señora!- exclamó el hombre apenas llegó al portón.

-¡¿Sí?!-preguntó ella. -¿Qué se le ofrece?

-¿Esta propiedad está en venta?-preguntó el limpiando el sudor de su frente.

Doña Serena miró la piedra de volcán que estaba a la derecha del portón. Luego, subió la mirada hasta lo más alto del cerro y bajando sus ojos miró al hombre y con una sonrisa le dijo-¡No señor!

Se quedó allí, de pie, observando los pasos de aquel hombre que arrastraba los pies tratando de llegar al final de la cuesta. Miró el cerro y por un instante le pareció que la miraba con agradecimiento.

La Nochebuena

Al final del camino, donde uno se encuentra cara a cara con la niebla que viene bajando de la montaña, se ve una casa pintada de verde claro. Es una casa pequeña, de madera, con un jardincito sembrado de chinás, veraneras, unas matitas de café con granitos verdes y rojos, dos matas de plátano y un ciprés bien recortado para darle una forma redondita. Sólo un ciprés...un pino, como le dice la gente que vive por ahí...donde quedó mi corazón unos años atrás...Allá por La Calle Higuerones.

No quiero que me vean mirando porque no deseo que malinterpreten mis intenciones.

Únicamente deseo mirar...mirar por un ratito, para compartir aunque sea de lejos, lo que ellos están viviendo.

Me quedo afuera, cerca del portón de madera; el portón de la casa de don Jaime. En eso, veo un perrito blanco, pequeño; de esos que cuidan las casas de los campesinos. De esos perros que ladran y ladran y no dejan de ladrar aunque ya no sea luna llena.

Algunos tienen unas manchas negras en su pelaje. Como si algún artista hubiera dejado caer el pincel al suelo y les hubiera caído pintura.

Sale y vuela a entrar. Puedo oír voces de niño. Allí los veo, corriendo alrededor de la mesa del comedor. Son gritos de felicidad. Deseara poder entrar para mirarlos más de cerca, pero no quiero que se sientan obligados a compartir la comida.

Ya se está haciendo tarde. Se abre la puerta y sale una señora mayor de cabello largo, canoso recogido en una trenza. Viste un delantal rojo y verde. Se acerca al ciprés, y de repente este se enciende con lucecitas de colores. Los niños corren a verlo y todos se quedan admirados ...sus pequeñas bocas llenas de galletas y chocolate...sus ojitos abiertos como si nunca hubieran visto algo tan majestuoso.

-¡Qué lindo, abuelita!-exclaman todos a la vez.

-Entren...ya viene el Niño-les dice ella haciéndoles cariño en sus cabecitas.

Uno de los niños cierra la puerta, pintada de verde al igual que la casa. Puedo ver una corona de ciprés; único adorno....más que suficiente.

Adentro se oyen las voces de todos.

-¡Ya están los tamales!- anuncia la señora.

-¡Yo quiero!...¡Yo quiero!- se oyen las vocecitas.

-¡Uno para cada uno!- se oye la voz de la mamá.

La niebla comienza a taparme la vista. Ya oscureció. Apenas puedo verlos a todos ahí reunidos en la sala. Al lado del portal hay un regalito para cada uno. Sólo uno, pero los abren con gritos de alegría, risas y asombro. Un pequeño caballo de madera, una carretita pintada de colores brillantes, una muñeca con biberón...Las siluetas de todos se confunden entre besos y abrazos.

Yo también me emociono. Comienzo a llorar. Nunca antes había sentido que mi corazón iba a estallar.

A lo lejos, puedo ver cómo se van encendiendo las lucecitas en todas las casas. Ahora puedo regresar a la mía. Ya vi lo que deseaba ver. ¡Si sólo pudiera contarles a otros acerca de lo felices que son algunos con tan poco!

Volteo mi cabeza para ver si aún puedo ver la Cruz de Alajuelita. Sólo me acompaña la neblina, que comienza a envolverme. Ya debo regresar a casa. Mi corazón se despide de don Jaime, sus nietecitos, su yunta de bueyes y sus matas de café.

Sólo la estela de recuerdos me acompaña mientras apuro el paso. A mí también me esperan boquitas llenas de chocolate y galletas.

El Terremoto

Anoche soñé que cantaba un gallo y podía escucharlo como si estuviera allí, a mi lado, en la cama. Desperté y lo escuché. Miré el reloj que mantenía siempre en mi mesa de noche al lado de un vaso de agua. Eran las dos y media de la mañana. ¡Qué curioso!-, pensé.

Siempre dejo el reloj a la par de la cama aunque sé que el gallo de mis vecinos canta a las tres y media y para mí ya es hora de levantarme, lavar la ropa y recoger agua. Algunas veces cortan el suministro de agua durante el día. En todo caso, volviendo a mis quehaceres, aprovecho que todo a mi alrededor duerme en calma, para disfrutar de un nuevo día sin tener que compartirlo, mas solamente con los pájaros.

Me quedé con el vivo recuerdo de mi sueño y mientras calentaba la leche para el café, oí el gallo cantar otra vez. Ya eran las tres y media. Lo que me tenía un poco sorprendida era que el gallo hubiese cantado quince veces a las dos y media de la mañana. No sólo había cantado una hora antes, sino que había insistido en hacerse escuchar. –Puede que alguien haya estado merodeando por allí-, pensé.

Faltaban veinte para las cinco cuando oí el canto de los pájaros. Primero uno, luego otro y después todos. Abrí la puerta y salí al jardín con mi taza de café. Me paseé por el jardín, buscando los retoños nuevos que habían salido durante la noche. Recordé que tenía que llamar a mi madre para saber cómo había amanecido. Miré en dirección a la montaña. Se veía linda e imponente como siempre. El cielo estaba totalmente despejado y ya comenzaba a mostrar tonalidades violeta y naranja. Un amanecer que no se volvería a repetir. Todos los amaneceres son diferentes, igual a nuestras experiencias diarias; no se vuelven a vivir aunque intentemos crear el mismo escenario.

Me dispuse a abrir la puerta principal para entrar a la casa, cuando de repente, vi un ratón. Era pequeño, delgado, con una cola larguísima... ¡corrió hacia mí!... ganándome la carrera al entrar a la casa. Me quedé allí, sin poder moverme, con los ojos abiertos mirando como entraba a la sala y desaparecía entre las patas de los muebles. –¡Dios Mío!-, exclamé con un grito que me salió de lo más profundo de esa parte en uno que almacena todos nuestros terrores y fobias. No sabía qué hacer. No podía pensar claro. Lo imaginé adentrando los rincones más escondidos de un

armario y escondiéndose de mi. Lo único que se me ocurrió fue, tomar una lata de veneno en aerosol y comenzar a rociar toda la sala, la cocina, el cuarto de pilas, los dormitorios y el baño.

¿¡Qué más podía hacer!?...mi cabeza daba vueltas. Los latidos de mi corazón no me permitían agudizar el oído para detectar el menor movimiento que ocurriera.

De pronto, lo vi...salió corriendo del cuarto de pilas-acorralado por el fuerte olor a veneno-, y se metió al baño. ¡Lo seguí!...me quedé en la puerta mirando como desaparecía por el hueco del desagüe de la bañera. ¡Corrí a buscar algo para tapar la salida del agua y evitar que volviera a entrar!

Actué rápidamente. Tomé una botella de agua que estaba sobre el moledero y la puse encima del desagüe. Corrí a la sala y cerré la puerta para evitar que volviese a entrar. Me quedé allí...me volví para ver todo a mi alrededor.

Había transcurrido una eternidad cuando logré recobrar la calma. Abrí la puerta y miré el corredor. No había señal de él. Caminé unos pasos hacia el jardín. Me topé de frente con un yigüirro en pleno vuelo. Me pasó rozando el cabello. ¡Había logrado esquivarme!...cosa que yo no hubiese logrado hacer con tanta rapidez.

Miré hacia la calle a través del portón de hierro que ponía límite entre mi casa y los demás.

Ya comenzaban a pasar todas las personas que se dirigían a sus trabajos. Un hombre joven, caminaba con paso ligero, revisando los mensajes en su celular. Una muchacha corría detrás de él. Me imaginé que corría para tratar de alcanzar el autobús que tomaba todos los días a la misma hora. Una señora con un gran bolso colgando de su hombro derecho, taconeaba con insistencia cuesta arriba. Todos actuaban de la misma manera. Todos con sus rutinas.

Mi rutina diaria se había visto interrumpida desde el momento que tuve el sueño. No me sentía contenta como todas las mañanas. El sol se había asomado por encima de la cordillera. Eran las siete de la mañana y ya el sol brillaba muy fuerte. No había brisa. Ya hacía calor y sentí la necesidad de entrar a tomar un poco de agua con hielo.

-¡Buenos Días!-, se oyó una voz a mis espaldas. Era doña Rosa. Una mujer muy sufrida.

-¡Doña Rosa!... ¿Cómo amaneció?-le pregunté.

-Con sueño-, respondió. –Anoche me costó mucho dormirme-.

-Y, ¿eso?-, le pregunté.

-No sé...me di vueltas y vueltas en la cama. ¡Hacía un calor!

-Bueno, ¡Qué le vaya bien, doña Rosa!

-¡Gracias, igualmente!-, me dijo al mismo tiempo que su rostro recobraba su habitual tristeza.

La miré alejarse y volví a entrar en la casa. Tomé el teléfono y marqué el número de mi madre.

-¡¿Aló?!-, me respondió con voz alegre.

-¡Hola, mami!... ¿Cómo amaneciste?-, yo siempre trataba a mi madre de Vos, aunque sabía muy bien que por su edad ella prefería que se le tratara de Usted.

-Estoy despierta desde las dos y media-, me dijo.

-¿No pudiste dormir bien?-, le pregunté sabiendo que mi madre y yo teníamos una conexión a distancia que me había afectado desde que era muy joven, pero a la cual ya me había acostumbrado.

-No, fijáte que me desperté porque hacía mucho calor y preferí levantarme y rezar el rosario temprano; de por sí, hoy tengo que salir y preferí bañarme y ponerme a hacer algunas cosas que quiero dejar hechas.

Así hablamos por unos minutos y nos despedimos con la promesa de que alguna de las dos llamaría luego.

Puse el auricular, me fui al dormitorio, me tomó mucho tiempo decidir cuál ropa me iba a poner, pero finalmente escogí una blusa blanca sin mangas y una enagua blanca.

Me bañé y me vestí rápidamente. Me paré frente al espejo del baño y me miré por un rato.

Abrí la gaveta del mueble de mimbre, justo debajo del lavatorio y saqué un lápiz labial. Comencé a trazar la silueta de mi boca, cuando de repente sentí que se movía el piso. Paseé la mirada alrededor mientras escuchaba el traquetear de las ventanas. Luego el movimiento del piso se tornó en un socollón y todo a mi alrededor continuó meciéndose por lo que me pareció ser una eternidad. Salí corriendo del baño, mientras la casa continuaba meciéndose, tomé el auricular y llamé a mi madre. El piso continuaba meciéndose. Pensé en salir de la casa, o pararme debajo del marco de hierro de la puerta principal, o meterme debajo de la cama que tenía un marco de metal que sostenía el colchón.

-¡¡¡¡¡Haló???!!!

-¡Mami!-, exclamé.

-¡¡¡Todo se está moviendo!!!-me dijo mi madre.

Y,...¡¡Otro socollón!!...¡La casa se sacudía mientras las paredes sonaban como si se fueran a despegar de los cimientos!

¡Se sintió muy fuerte!; mucho más fuerte que el primero. La casa continuó meciéndose de lado a lado. ¡Traqueaban las ventanas!... ¡las paredes cimbraban!...No se escuchaba ningún otro sonido, solamente el silencio ensordecedor del miedo colectivo.

Oí los ladridos de los perros del barrio, las alarmas de los carros a lo lejos, los comentarios de los vecinos. Todos habían salido de sus casas. Las madres sostenían a sus pequeños en brazos; listas para correr y ponerlos a salvo. –

¡Qué completa es la Naturaleza!. Siempre en movimiento, mientras nos dota de instinto para salvar a nuestros hijos-, pensé mientras observaba todo a mi alrededor.

El piso continuaba meciéndose cada vez más lento y más lento hasta cesar por completo. Yo estaba al lado del teléfono. Finalmente me había quedado allí. No podía moverme...esperando... esperando a ver qué iba a suceder.

La Granadilla

Después de una larga espera, la noche había transcurrido mirándonos fijamente. Era demasiado pronto aún, para decidir lo que íbamos a hacer. Ya pronto iba a amanecer; faltaban apenas unos instantes para que el sol nos recordara la premura de la decisión que teníamos que tomar.

Luis se paseaba por la sala incesantemente. Algunas veces se detenía para acomodarse el cabello que por ser tan lacio perdía la compostura tapándole los ojos. Necesitaba ver. Necesitaba ver lo que iba a hacer.

En una esquina de la sala, sentada sobre una banca de hierro forjado, apenas se veía la silueta de su compañera. Sus ojos- tenuemente iluminados por la llama de una candela que sostenía primero en una mano, luego en la otra- le seguían los pasos a su marido; es decir, los pasos que daba de un extremo a otro de la sala.

-¡Luis!...ya va a amanecer-, susurró ella con intención de romper el silencio.

-¡Ya lo sé!-, exclamó el hombre con voz angustiada mientras su silueta se detenía junto al teléfono colocado sobre un estante con libros y macetas de barro de donde colgaban todo tipo de plantas. Miró a su esposa, intentado frenar el impulso de lanzar unas cuantas acusaciones sobre ella. Después de todo, ella tenía la culpa...o, ¿la tenía él? ¡Sentía que se iba a volver loco!...

Volteó su mirada hacia mí, para luego bajarla reconociendo su inutilidad. Yo, su mejor amigo, había perdido la batalla el día que Luis había fijado sus ojos en Lina. Ella, ahora su esposa, había sido el amor de mi vida por muchos años.

Por supuesto, yo no había tenido el valor de decírselo y pensaba que la mejor estrategia para ganar su corazón era convertirme en su confidente. El día que Luis la conoció, decidió quitármela.

En mi cobardía, no deseando aceptar mi derrota, adopté el papel de confidente de ambos. Se podría decir que me había quedado allí, mirando su amor desde lejos para no perder a Lina de vista. Esperaba el día en que ella descubriera la clase de persona que era su marido y regresara a mí para encontrar consuelo.

Luis me había llamado el día anterior. -¡Ángel!-, dijo con voz angustiada.

-¡Necesitamos hablar contigo!-. Era una orden no una solicitud.

Los invité a tomarse unos tragos en la terraza. Aquí tendríamos un poco de privacidad. Después de todo, la gente consideraba que la naturaleza de nuestra relación era bastante peculiar y preferíamos reunirnos en un lugar donde pudiéramos alejarnos de las miradas de los curiosos.

Hablamos toda la tarde, en la terraza, rodeados de plantas. Había una planta que me había acompañado por tres años. Era una enredadera que daba unas flores muy apetecidas por pequeños insectos polinizadores. Era una Granadilla.

Una vez al año, ella compartía sus frutos conmigo. Tenían un delicioso sabor ácido mezclado con otro sabor bastante exótico, imposible de comparar con el sabor de ninguna otra fruta.

-¿Ángel?-, dijo Luis interrumpiendo mis pensamientos. -¿Me estás escuchando?-.

-¡Sí!-, respondí súbitamente.

Me habían citado para comunicarme que se iban a divorciar. Como era de esperarse, Lina había entablado una relación con otro hombre. Se lo había confesado a su esposo con el propósito de solicitarle su libertad.

Recordé los tiempos en que Lina y yo nos encontrábamos en un bar, lejos de la ciudad; -es más privado-, siempre decía esto después de acabar la segunda cerveza.

Nos tomábamos de la mano y algunas cervezas también. Se podría decir que éramos “amigos con derechos”. Me encantaba escucharla hablar. Era una mujer entrada en años y yo apenas tenía 15 años menos que ella. La encontraba fascinante y ella parecía entretenerse con mis intrépidas aventuras de joven.

Una tarde me llamó para citarme en el bar. -¿A las siete?-, era más una orden que una pregunta. -Sí-, contesté.

Eran ya pasadas las siete. Yo había llegado antes de la hora para irme aflojando con la primera cerveza. Sabía que me había citado porque tenía algo que decirme. Sentía un hueco en el estómago. Uno nunca está preparado y siempre se imagina lo peor.

Me moría de tristeza. Me moría de celos y de incertidumbre. Ordené un whiskey doble para esconder la pesadumbre que se había apoderado de mí.

Finalmente la vi. Acababa de entrar y me buscaba con la mirada. La miré acercase a la mesa, sacudiendo la sombrilla que yo le había regalado. En silencio, le ayudé a quitarse la capa transparente. Eso también se lo había regalado yo. Su pelo castaño y lacio le tapaba la cara, pero no hizo el menor intento por quitarlo de en medio. Cuando rocé su mejilla para darle un beso de amigo, instintivamente dio un paso atrás.

Le ofrecí una silla para que se sentara y la miré a los ojos al sentarme frente a ella.

-Ángel-, dijo sin más preámbulo.

-¿Qué sucede?-, le pregunté apurando el fondo del vaso.

-¡Estoy enamorada de Luis!-dijo, sin la menor compasión.

-¡¿Luis!!?-, exclamé llevándome la mano al corazón para asegurarme que aun latía.

-¡Sí!-, respondió como si se hubiera quitado una carga que llevaba desde hace tiempo.

Me mantuve en silencio. Sabía que el impulso de cualquier ser humano hubiera sido el de vociferar insultos y palabrotas. Podría intentar ofenderla, incluso llorar y humillarme ante ella, pero ese sería el único recuerdo que ella tendría de mí.

-¡Me alegro por ustedes!-, exclamé intentando soportar el dolor causado por las dos puñaladas recibidas en mi espalda; una de ella y la otra de mi mejor amigo.

Ahora se encontraban los dos en la sala de mi casa. Lina le había confesado a Luis que mantenía una relación con otro desde hacía un tiempo. Había decidido confesárselo en mi casa. Era el lugar ideal. Frente a testigos. Frente a su “amigo con derechos” que la protegería de cualquier reacción impulsiva de un hombre herido.

Yo había perdonado la traición femenina. Incluso había descubierto que el amor es libre y puede cambiar de manos. También había perdonado la traición de mi amigo, a sabiendas de que todo en esta vida se paga; con creces.

Luis daba pasos de un extremo a otro. Ella se lo había confesado con esa frialdad de la persona que no tiene el valor de aceptar las consecuencias de sus acciones. Ella esperaba que él le dijera que no había consecuencias. ¡Qué podía irse y que siempre la amaría!.

Me levanté del sillón donde había permanecido sentado por cuatro largas horas, y me dirigí a la cocina para preparar café. Miré por la ventana y vi todas las plantas que tenía. En eso vi la Granadilla. Mi corazón comenzó a latir con fuerza. ¡¿Cómo no lo había pensado antes?!!

Eché a correr hacia la puerta. Salí y busqué la fruta más madura. Entré a la cocina y la partí a la mitad. Ellos continuaban allí sin haber notado mi ausencia.

Tomé un vaso plástico. Lo llené hasta la mitad de jugo de esa sabrosa fruta y le puse otro ingrediente que le devolvería la paz a mi mejor amigo; siempre lo había sido y continuaba siendo así.

Le ofrecí una taza de café que tomó de mis manos sin mirarla siquiera. Le ofrecí a su esposa el jugo recién colado y se lo tomó sorbo tras sorbo hasta llegar al fondo. Sin agradecermelo siquiera.

La miré. Su cabeza había perdido su altivez y había caído hacia atrás. Su cuerpo se desplomó sobre los cojines verdes que le habían servido de soporte toda la noche.

-Luis, ayúdame a sacarla de aquí-, exclamé.

-¡Sí!... ¡Gracias!-, dijo con una sonrisa.

